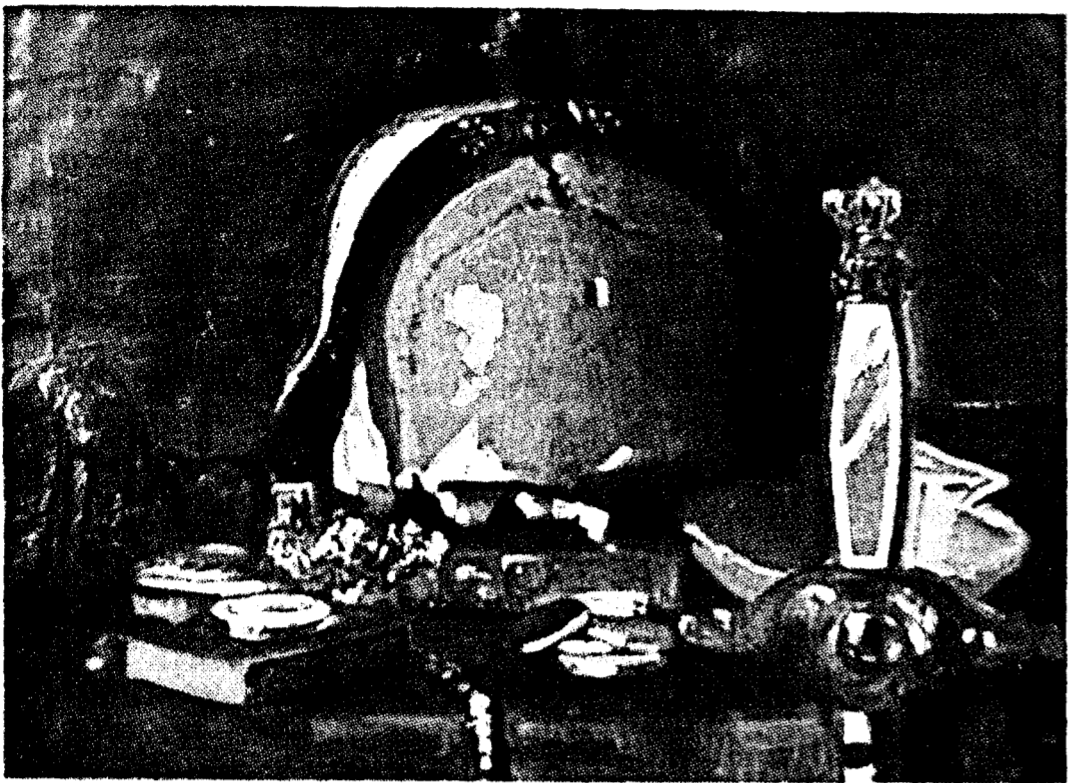


Los Domingos de Valds

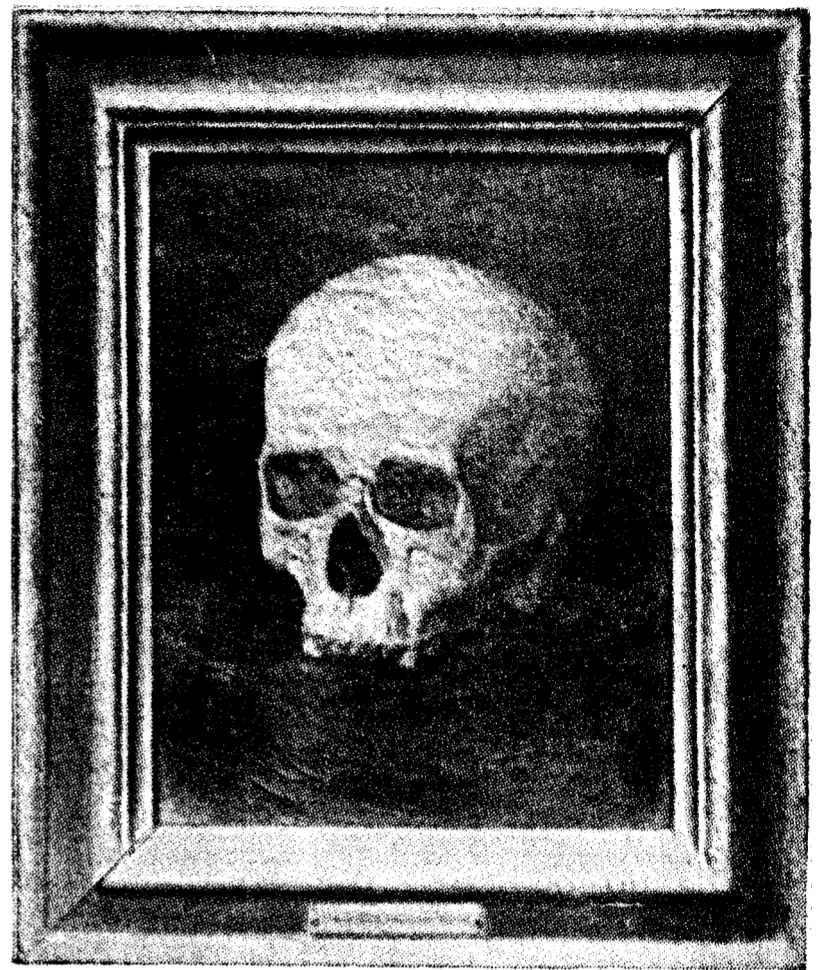


Enigmático óleo, sobre cinc, original de Fierros.

DURO, Y A LA CABEZA... DE GOYA

Un cobre de Fierros
en que aparece una
calavera truncada

Por **DIONISIO
GAMALLO FIERROS**



Cráneo de Goya, pintado por Fierros

A copiosa Exposición Fierros, que la generosa Diputación Provincial de La Coruña ha tenido abierta a lo largo de veinte días, nos da pie para plantear, una vez más, un interrogante bien avenido con la Región de la Santa Compañía, de los trasnos y las meigas y de don Ramón María del Valle-Inclán: ¿a dónde habrá ido a parar el cráneo del geniocefalo de Fuentedetodos, el que dibujó con el color y puso a vibrar la luz casi un siglo antes de que lo hiciesen los impresionistas franceses?

Me confirmo en mis sospechas de que el cráneo fue robado de la tumba de Burdeos entre 1828, en que fallece el pintor, y 1849, año en que un Fierros que sólo contaba 22 años de edad pintaba del natural la «caprichosa» testa. Me ratifico en que lo más probable es que la sus-tracción fue realizada por un triunvirato: el Marqués de San Adrián, hijo del que fue retratado por Goya, mi abuelo Dionisio Fierros, y un médico frenólogo, probablemente Cubi y Soler. Tengo en cambio que rectificar mi provisional suposición de que pudiese proceder del cráneo de Goya el espeso parietal que reproducimos en este trabajo. En principio habíamos pensado en que pudo formar parte de una voluminosa calavera que el pintor Fierros (que murió de repente, sin haber podido aclarar el enigma) tenía encerrada en una vitrina de cristal instalada en su estudio de pintor, calavera que luego un hijo suyo, estudiante de Medicina en Salamanca, Nicolás Fierros, haciéndola reventar por sus suturas naturales, fragmentó en arsenal de piezas: óseas de la cabeza.

Respecto al punto anterior debemos de atenernos a lo que en carta particular nos ha informado, hace pocos años, el doctor Angel Jorge Echeverri, al que facilitamos dicho hueso para su responsable estudio: él juzga

que dicha pieza no puede pertenecer a un nonagenario fallecido, como Goya, en 1828. Tal dictamen nos mueve a reforzar la tesis sustentada por don Antonio Gaya Nuño en delicioso librito (sólo trescientos ejemplares) publicado en Italia en 1966, y cuya portada reproducimos. El penetrante historiador de la Pintura española, nada justipreciador de la obra de mi abuelo, al que prácticamente desconoce, haciendo suya una corazonada nuestra estima muy probable que, en efecto, el frenólogo catalán Cubi y Soler (que además pasó algún tiempo en la Compostela de la Eternidad) tuvo algo que ver en «la calaverada» de expoliar el cráneo de Goya del Cementerio de Burdeos. Por ello, quizás sea prudente girar en redondo en el rumbo de la búsqueda de los restos craneanos del autor de las pinturas negras y orientar las pesquisas (yo voy a hacerlo) hacia los descendientes de dicho médico especializado en el arte —casi quirromántico— de pretender perseguir las zonas cerebrales ubicadoras del don del sarcasmo de la virtud satírica, del mental —ejecutivo— despliegue del color, en las ramificaciones (circunvalaciones) que imprime en la caja craneana, la masa encefálica de cada quien. Que los anatomistas y médicos que me lean perdonen los disparates. Escribo a lo periodista (para eso lo soy, aunque sólo a medias), contra reloj, entre lecturas de exámenes, más atento a lograr la evocación ambiental, que a emitir un riguroso y científico dictamen forense.

De nuevo reproducimos, para mis queridos lectores de «LA VOZ DE GALICIA», el óleo del cráneo de Goya pintado por Fierros (lo ha cedido para la gran Exposición coruñesa el Museo de Zaragoza) y el dorso del mismo, en el que aparece (como dando fe) la firma de El Marqués de San Adrián, y en lectura de sentido contrario —en el bastidor— la inscripción: «Cráneo de Goya pintado por Fierros», que tal vez sea de la mano del

EL ARTICULO DE "EL ESPAÑOL" SEMI-PLACIADO EN ALEMANIA

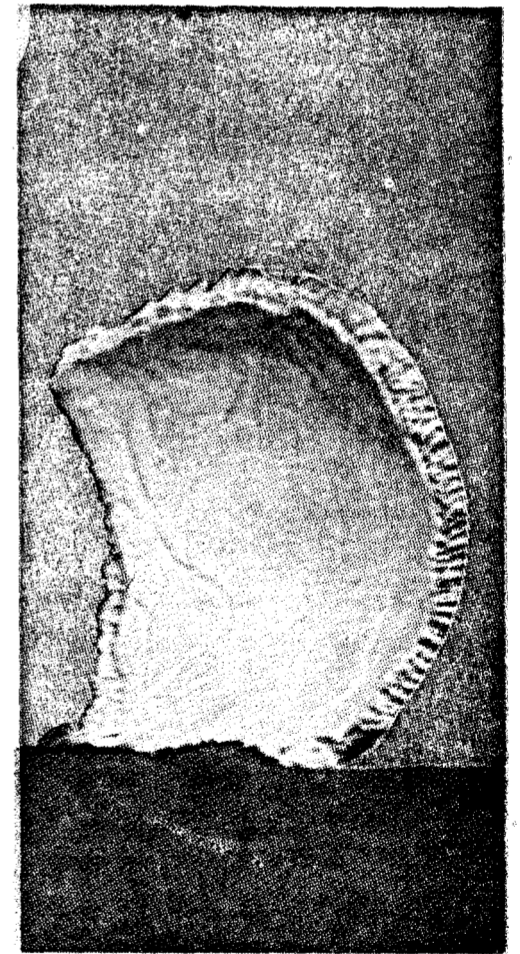
El profesor de arte Bucandía dice haber descubierto declaraciones del propio pintor astur-gallego acerca del apasionante tema: «cordero del cisco del genial aragones»

artista, y que a objeto de titular el cuadro museísticamente, ha sido luego transplantado, como cartelita, a la parte frontal inferior del marco. Pero vamos a añadir algo que hasta ahora no hemos puesto en juego y que viene a complicar el óseo crucigrama. Se trata de una enigmática «Naturaleza muerta» (nunca mejor empleado este término tratándose de un variopinto conjunto del que sobresale una calavera), pintada sobre cinc o cobre por Fierros. SE REPRODUCE POR VEZ PRIMERA. Representa un cráneo frontal, cortado a la altura de los arcos superciliares. Dicho cráneo, que presenta como una astilladurita en la frente (¿aca-so reliquia de un posible duelo en la existencia mortal del dueño del «coco»? ¿?) aparece como cruzado por una ancha «cofia» de terciopelo, o de cierto pelo, honrado por dorados broches en su centro y extremos. ¿Será acaso emblema —no nos lo parece— de alguna condecoración o cofradía...? ¿Por qué está cortado ese cráneo a la altura de las facultades de ver, que fueron agudísimas y artísticamente revolucionarias en don Francisco de Goya...? ¿Quizás un trasunto de la separación de la cabeza del tronco, el apuramiento simbólico del corte y la mutilación, dentro de la mutilación y el corte...? Yo nada acierto a explicarme. Cunqueiros tiene nuestra irreal tierra que —por vía mágica— nos sabrán responder.

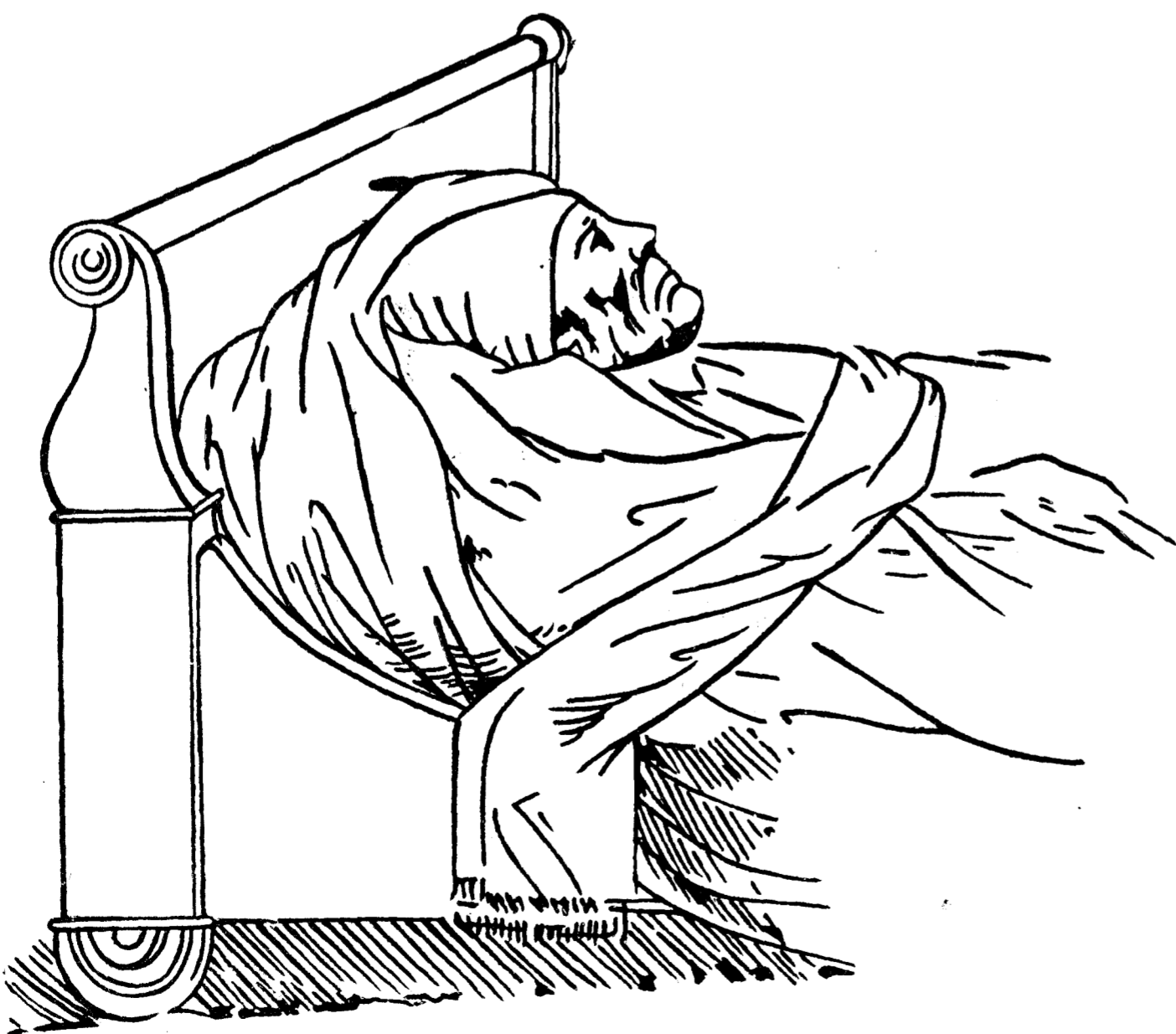
¿Qué quieren expresar, al lado del cráneo, un reloj sobre su estuche (¡oh la profunda y terrible alusión al paso del tiempo!), unas onzas de oro, una como concha de vieira vista por dentro (¿o tal vez otra pieza ósea?), y el remate en cruz de una espada de nacarada empuñadura, con trazas de lujosa procedencia real...? Vengan psicólogos e inventaristas a descifrar este lienzo, que por un lado apunta a influjo de Valdés Leal y por otro se imanta hacia distantes sombras de la medieval Realeza. Sin embargo, el reloj y las monedas más parecen estar en hora y tintinear dentro de las postrimerias del XVIII o los inicios del XIX. En cualquier caso, aquí queda esta arrinconada lubricación de Fierros (no lleva firma, ni fecha), que hoy irrumpen en la febril área del tema.

Por cierto que con éste casi casi me di yo a conocer en Madrid en el semanario «El Español», el 20 de febrero de 1943. ¡Ya van transcurridos treinta años...! Pues bien, cuando aún están vivitos y coleando quienes no me desmentirán (don Juan Aparicio y don Manuel García Caso) yo debo advertir que mi artículo se titulaba «El destino azaroso del cráneo de Goya», rótulo que apareció rebautizado, en busca de lo sensacional periodístico, en estos términos un tanto descocados: «¿Robó mi abuelo la calavera de Goya...?». Y ahora veo que tal estirpe de titulación me ha contagiado a mí, porque de lo contrario no rezaría, heterodoxamente, al frente de estas cuartillas «Duro, y a la cabeza... de Goya», que no quisiera fuese interpretado retroactivamente como una torpe acusación de afrancesamiento hecha contra tan ilustre y neto ejemplar de español, a cuyos carpetovetónicos niveles sólo pueden aproximarse obras como las que enuncian los nombres de Lope de Vega, Miguel de Unamuno y Pablo Picasso. ¡Los españoles de alto hordio y marejada universal!

No creo que veáis exudación de vanidad alguna en mi recordatorio de que mi artículo —naturalmente que por la fuerza del nombre de Goya y no por la no sugestión de una firma —la mía— que se ha quedado a medio camino de la llamada nacional consagración) dio la vuelta al mundo y en poco tiempo facilitó noticia de que existía yo. Emilio F. de Asensi y Emilio Carrere desde el diario «Madrid», columnistas de Barcelona, López Becerra (según me dijeron) desde Bilbao, etc., comentaron la aparición en el campo periodístico de un escritor joven que se presentaba de súbito, trayendo en la mano la realista alusión a una todopoderosa calavera. También por aquellos días alguien me dijo que el hispanista alemán Ludwig Pfandl era un gran devoto de Goya. Conocía yo los estudios sobre Lope del germano y ni corto ni perezoso le remití en un sobre mi «calaverada» de «El Español». Yo juraría que me contestó rápidamente, pero como la respuesta la he tenido extraviada años y años, ya había empezado a creer que no era más que sugestión de mi buen deseo. Pero, hete aquí que hace sólo unas semanas, al repasar un tomo de crónicas de Galdós, me encontré, dentro de él, con la reacción del laborioso hispanista, que dice así: «Munich 15-3-43. Muy señor mío con mucho gusto lei su relato sobre la calavera de Goya en «El Español»; es un perfecto trabajo de «fantasía y verdad». ¡El título de Goethe en sus memorias vertidas al castellano: «Verdad y Poesía»! Ya se ve que es V. poeta, y quienes lo dudaren, no tendrán que leer los catorce poemas de Vd. en el tercer cuaderno de «Albor». Fácilmente se sabrán



Supuesto parietal del cráneo de Goya



En este antiguo grabado aparece Goya en su lecho de muerte